

LOS YAQUIS Y EL DELAHUERTISMO EN LA FRONTERA NORTE, DÉCADA DE 1920

Miguel Ángel Grijalva Dávila¹

1. Introducción

Como apuntó Héctor Aguilar Camín (1981), la lucha de los yaquis durante las tres primeras décadas del siglo XX corrió en paralelo a la Revolución mexicana, fue una guerra con sus propias causas y cauces. Esto no evitó que diferentes grupos de la etnia participaran en el proceso revolucionario, ya sea como aliados o enemigos de las diferentes facciones, según el contexto y la conveniencia. En ese historial de alianzas y rupturas, la relación de los yaquis con el delahuertismo y su líder, Adolfo de la Huerta, tiene características muy particulares, y adquirió principal importancia durante la década de 1920.

Desde antes de 1910, la relación dio señales de ser una alianza natural, pero en uno de los momentos más importantes en la trayectoria de Adolfo de la Huerta, los yaquis le dieron la espalda y no lo apoyaron, dotando la relación de tintes dramáticos e incluso trágicos. A pesar de lo anterior, tanto el delahuertismo como los yaquis representaron una constante amenaza para el gobierno mexicano, incluso cuando se trataba de una presunta unión, al parecer solo materializada en documentos y poco en acciones, como la lucha conjunta contra el régimen.

2. Adolfo de la Huerta y los yaquis antes de 1923

La relación de la familia De la Huerta Marcor con la nación yaqui tenía raíces prerrevolucionarias. Por ser originario de Guaymas, uno de los municipios donde se concentran más pobladores yaquis, De la Huerta conocía a profundidad la historia y lucha de la etnia. Claudio Dabdoub (1964) incluso apunta que el revolucionario era nieto de una mujer yaqui. Bien enterado y preocupado por la situación de este pueblo, De la Huerta publicó artículos en el periódico local *El Correo de Sonora* durante la primera década del siglo XX, con mensajes de protesta contra las políticas porfiristas hacia la etnia (Radding, 1985). Vale apuntar, además, que para entonces militaba en el Partido Liberal Mexicano, organización liderada por Ricardo Flores Magón, que en sus órganos de difusión denunció la guerra del yaqui, por lo que seguramente De la Huerta se nutrió de dichas lecturas e ideas.

Durante los albores de la Revolución de 1910 y en el contexto de la campaña presidencial de Francisco I. Madero, De la Huerta se pronunció públicamente como revolucionario y partidario del esfuerzo para derrocar al antiguo régimen. Cuando Madero visitó Sonora fue recibido, entre otros, por De la Huerta, quien le informó sobre la situación yaqui y lo instó a que reivindicara a la etnia en caso de ascender a la presidencia

¹ Universidad de Sonora, miguel.grijalva@unison.mx, <https://orcid.org/0000-0002-0878-6007>

DOI: <https://doi.org/10.22198/colson.285.c45>. DOI Obra completa: <https://doi.org/10.22198/colson.285>

aquel año. Luego del levantamiento del 20 de noviembre de 1910, el guaymense fue comisionado por la Junta Revolucionaria instalada en Nogales para negociar con Sibalaume, uno de los líderes yaquis, y conseguir su apoyo armado para la toma del fuerte Ortiz en 1911 (Castro, 1998).

Derrocado el régimen porfirista, De la Huerta fue uno de los protagonistas que ingresaron al gobierno: un nuevo grupo de políticos, una nueva generación y, por ende, nuevas ideas y propuestas nuevas para solucionar los problemas viejos. De la Huerta perteneció a la histórica vigésima tercera legislatura del Congreso del Estado de Sonora (1911-1913) y, entre otros asuntos, el tema yaqui fue parte de su agenda legislativa.

Los anteriores son algunos antecedentes de la relación entre De la Huerta y los yaquis, la cual se reforzó durante los periodos en los que el primero fue gobernador y presidente. A pesar de todo, cuando De la Huerta convocó a la rebelión en diciembre de 1923, para sorpresa de muchos, los yaquis no se sublevaron, salvo casos excepcionales.² Las razones radican en que el movimiento delahuertista tuvo mayor apoyo en el sureste mexicano, y que el gobierno, previniendo el estallido de un frente en el noroeste, dio prerrogativas a la etnia yaqui para que no se sumara al llamado del guaymense (Castro, 1998).

Por lo anterior, resulta sorprendente que, durante la rebelión delahuertista (de diciembre de 1923 hasta mediados de 1924), los yaquis no secundaran el llamado a las armas del líder sonorenses, salvo el caso del general Francisco Urbalejo. Otros destacados líderes de origen yaqui, o con base en el valle del yaqui, como José Amarillas, defendieron al gobierno.

Más allá de líderes yaquis de alto rango, los miembros de la etnia no se rebelaron como contingente. En su obra *Personajes y escenarios de la rebelión delahuertista, 1923-1924*, Enrique Plasencia menciona que los yaquis estaban muy ocupados trabajando tierras y construyendo escuelas, logros que obtuvieron durante la presidencia de Adolfo de la Huerta y continuaron en la de Álvaro Obregón para mantenerlos pacíficos (Plasencia, 1998). El delahuertismo tuvo su fuerza en el sureste mexicano, pero, al fracasar, muchos revolucionarios destacados fueron capturados y pasados por las armas, mientras que otros huyeron al exilio, entre ellos Adolfo de la Huerta y, eventualmente, su hermano Alfonso.

3. Los yaquis y el delahuertismo en el exilio

Tras la derrota de su rebelión, Adolfo de la Huerta se instaló en California. Durante la segunda mitad de la década de 1920, los yaquis protagonizaron nuevas sublevaciones en Sonora y fue evidente su relación con el delahuertismo. El gobierno mexicano acusó a De la Huerta de controlar, agitar, auspiciar, ayudar y provocar los levantamientos de los yaquis contra la presidencia de Plutarco Elías Calles.

Antes del exitoso magnicidio realizado por José de León Toral, el general Álvaro Obregón sufrió múltiples atentados contra su vida.³ En su terruño, Sonora, vivió un episodio peligroso, pero diferente a otros, pues no fue perpetrado por elementos del clero o fanáticos católicos, sino por miembros de la tribu yaqui.

El 13 de septiembre de 1926, milicianos de la nación yaqui esperaban en Vícam (uno de los centros poblacionales yaquis más importantes) el arribo del tren con una comisión de su pueblo que había partido a

² Cabe señalar que la lealtad de Amarillas es poco clara. Aunque algunos autores lo mencionan como parte del delahuertismo, el ejército mexicano lo ascendió a general de división en febrero de 1924 (Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México [INEHRM], 2014). Este ascenso quizá fue un incentivo para que Amarillas no se comprometiera con De la Huerta o, en caso de ya haberlo hecho, rompiera su compromiso.

³ Mario Ramírez Rancaño (2014) detalla tres intentos de asesinato contra el caudillo sonorenses: uno en un baile en Celaya, otro en las vías del tren de Tacubaya, y uno más en los senderos del bosque de Chapultepec. Además de estos atentados, investiga a profundidad el asesinato perpetrado en La Bombilla la tarde del 17 de julio de 1928. Cabe señalar que no explora el atentado en Vícam.

Hermosillo, pero en su lugar llegó el tren en el que viajaba el general Obregón, quien se dirigía a su hogar en Cajeme, en el corazón del Valle del Yaqui. Los yaquis pidieron explicaciones sobre el paradero de sus colegas enviados a la capital, así que se telegrafió a la ciudad. Ambos grupos esperaron ahí hasta recibir noticias. Dicho sea de paso, los pasajeros del tren eran civiles, hombres, mujeres y niños. Finalmente, arribó una nueva locomotora, pero para sorpresa de los yaquis, venía con un cuerpo de militares comandados por el general Francisco R. Manzo. Existen distintas versiones sobre quién inició el tiroteo; independientemente de eso, al final, Obregón y los demás pasajeros salieron sanos y salvos, incluso con ánimos de posar para las cámaras de los reporteros que acudieron a cubrir la noticia.⁴

El acontecimiento fue tratado por la prensa como un secuestro o un atentado contra la vida del caudillo. Pero los sucesos sugieren que la detención del tren ocurrió debido a preocupación honesta de los yaquis por el paradero de sus colegas, y no porque tuvieran la intención de asesinar a Obregón (de lo contrario, no hubieran perdido el tiempo esperando el tren que venía de Hermosillo). Más importante que las intenciones reales, fue la especulación en torno al responsable intelectual del ataque. Partiendo de la premisa de que los yaquis no eran capaces de orquestar un golpe de tal magnitud, o no tenían las agallas de hacerlo, el gobierno y la prensa nacional analizaron a los posibles actores y fuerzas detrás de las acciones.

No sobra decir que esta suposición privaba a los yaquis de su capacidad de agencia. La constante pregunta “¿quién los provocó?” parece demostrar que, para el gobierno, la etnia era incapaz de tomar acción por sí misma y efectuar un acto que atentara contra la autoridad (como si no lo hubiera hecho durante las últimas décadas). Este discurso era incluso racista, pues reducía a los yaquis a una condición de niños, como si necesitaran ser salvados de la mala influencia de los enemigos del Estado. Por otro lado, es posible que el gobierno pensara que los yaquis actuaron por cuenta propia, pero difundiera la idea de que eran controlados, mal influenciados y engañados por otras fuerzas, para así tener una excusa para atacar y perseguir a dos de sus enemigos: la iglesia católica y los delahuertistas.

Ambos grupos tenían un liderato claro en Sonora: el arzobispo Juan Navarrete y el expresidente Adolfo de la Huerta. El primero vivía en territorio sonoreño, sin embargo, inmediatamente después del atentado, se ordenó su expulsión. El segundo, quien había protagonizado una rebelión de magnitud nacional tres años antes, vivía en California, aunque era bien sabido que con frecuencia viajaba al sur de Arizona para reunirse con sus seguidores, entre otros, los yaquis. La situación en la que se encontraba De la Huerta, así como sus antecedentes con los yaquis, lo convertían en un sospechoso idóneo del ataque al tren en Vícam. Además de sus vínculos con la etnia, algunas acciones políticas de De la Huerta en el exilio y su relación con otros exiliados lo hacían un sospechoso natural.

La primera razón para desconfiar de De la Huerta fue la detención del ejército de Enrique Estrada. Este suceso ocurrió la tarde noche del 15 de agosto de 1926, y consistió en el arresto de ciento cincuenta mexicanos en el sur de California. Estos hombres iban armados y tenían intenciones de cruzar la frontera, tomar Mexicali y capturar al gobernador de Baja California, Abelardo L. Rodríguez, en lo que sería el primer paso de un golpe de Estado.⁵

Esa misma tarde noche se allanó la casa donde se encontraba el general Enrique Estrada, en La Mesa, localidad de California. Fue arrestado junto con su incondicional, el general Aurelio Sepúlveda, y se les

⁴ En la fotografía se lee: “Obregón y los pasajeros del tren asaltado por los yaquis en Vícam, Sonora. Penúltima vez que salvó su vida. Fotos del periódico público”; Centro de Estudios de Historia de México CARSO, (Fondo DLX.1.13, carpeta 1, documento 13).

⁵ National Archives of Record Administration College Park, Maryland [NARACP]. *Informe de Edwin N. Atherton, agente del Bureau Of Investigations [B.O.I.]* (RG60, Departamento de Justicia, caso Enrique Estrada, clasificación 71-1-3, sección 1, L.A., California, 30 de agosto 1926).

confiscaron pertrechos de guerra y una gran cantidad de dinero en papel moneda y oro.⁶ Ciento treinta y seis personas fueron acusadas de violar las leyes de neutralidad, y Estrada fue señalado como el principal líder de aquella intentona de rebelión. Lo declararon culpable y condenaron a veintidós meses de cárcel en la penitenciaría en la Isla McNeil,⁸ y recuperó su libertad en septiembre de 1928.⁹

A lo largo del juicio de Estrada persistió la duda de si operó bajo órdenes de Adolfo de la Huerta, pues recuérdese que Estrada lo reconoció como su líder en la rebelión de 1923 a 1924, razón por la que ambos se encontraban exiliados. Era factible que Estrada aún siguiera bajo sus órdenes, por lo que los agentes estadounidenses interrogaron e investigaron a profundidad al guaymense. Llegaron a una conclusión un tanto contradictoria: De la Huerta estaba distanciado de Estrada y no se involucró en el intento de incursión armada, pero conocía a detalle el plan y a los rebeldes.¹⁰ Tan solo un mes después ocurrió el tiroteo en Vícam.

Sumado a lo anterior, el expresidente mantuvo una constante comunicación con miembros de la nación yaqui. Al fracasar el delahuertismo, cesó el interés del gobierno por mantener satisfechos a los yaquis,¹¹ así que se contactaron con De la Huerta, ya en el exilio, y muchos lo reconocieron como su líder (Castro, 1998). A partir de entonces, toda amenaza de rebelión yaqui fue vista con sospecha como una posible acción orquestada por De la Huerta. De hecho, desde el momento en que salió de México en 1924 (por Progreso rumbo a Nueva York), el plan del guaymense era cruzar toda la nación norteamericana, penetrar territorio mexicano por la frontera Arizona-Sonora, sublevar a la etnia y reavivar su rebelión (De la Huerta, 1981).

¿El atentado en Vícam tenía relación con la fallida rebelión de Enrique Estrada un mes antes? ¿Fue ordenado o alentado por De la Huerta? Los primeros en culpar al guaymense fueron las autoridades de gobierno leales a Obregón. En palabras del entonces gobernador de Sonora, Alejo Bay Valenzuela, el tiroteo en Vícam fue culpa de “políticos enemigos del gobierno en EUA”, acusación sin nombre, pero que todos sabían a quién iba dirigida.¹²

De la Huerta era opositor en el exilio, por lo que el diálogo entre él y las autoridades mexicanas se desarrolló a través de la prensa, y sobre todo la estadounidense, que tenía acceso a las dos versiones de los hechos. Por esto, los diarios de aquel país son una fuente primordial para el análisis de la narrativa obregonista y delahuertista en torno a los sucesos en Vícam. Fue en la prensa donde se construyó y describió mejor la otredad, pues, como texto público orientado a la mayor cantidad de lectores posibles, fue el espacio primordial para que el gobierno difundiera la imagen de su enemigo, pero también la arena en la que esa otredad podía revirar con su versión, su narrativa y su construcción del enemigo.

⁶ NARACP. *Informe de A. A. Hopkins, B.O.I.* (RG60, Departamento de Justicia, caso Enrique Estrada clasificación 71-1-3, sección 1, L.A., 15 de octubre de 1926).

⁷ NARACP. *Informe de Samuel W. McNabb, fiscal del distrito sur de California* (RG60, Departamento de Justicia, caso Enrique Estrada, clasificación 71-1-3, sección 2, 1 de marzo de 1927, Washington D.C.).

⁸ NARACP. *Informe del Departamento de Justicia, oficina del Distrito Sur de California* (RG60, Departamento de Justicia, caso Enrique Estrada, clasificación 71-1-3, sección 2, 5 de mayo de 1927, L.A.).

⁹ NARACP. *Telegrama de la Penitenciaría Federal de la Isla McNeil* (RG60, Departamento de Justicia, caso Enrique Estrada, clasificación 71-1-3, sección 2, 16 de abril de 1929).

¹⁰ NARACP. *Informe de A. A. Hopkins, B.O.I.* (RG60, Departamento de Justicia, caso Enrique Estrada, clasificación 71-1-3, sección 1, 15 de octubre de 1926, L.A.).

¹¹ Plasencia (1998) comenta que, durante la rebelión delahuertista, Álvaro Obregón “fingió” interesarse en las demandas de la nación yaqui, pero, tan pronto acabado el conflicto, regresó a la postura de que las reivindicaciones de la etnia eran imposibles y estuvo de acuerdo en combatir a los yaquis en 1926.

¹² Otro destacado exiliado que tenía vínculos con los yaquis era José María Maytorena, pero, aunque mantenía relación con los yaquis, su actividad política era menor (o al menos así se percibía), pues Maytorena tenía más de una década en Estados Unidos.

Álvaro Obregón inició la polémica al declarar que De la Huerta ordenó el ataque y que tenía una cartera de documentos que comprobaba su culpabilidad. De la Huerta contestó que el enojo de la etnia y sus manifestaciones, como el ataque al tren en Vícam, eran una reacción a la represión del gobierno, motivada por la ambición de los políticos sobre sus tierras y aguas (Castro, 1998).

Este intercambio de dimes y diretes no solo provocó una conversación a distancia entre los dos expresidentes, sino que también despertó el interés de los diarios estadounidenses, en particular sobre lo ocurrido en Vícam y sobre temas relacionados con los yaquis, una historia que fascinaba a los lectores anglosajones, a tal grado que en ocasiones se dejaba de abordar el tema como un problema político y los redactores adornaban la noticia volviéndola casi una narración literaria. Por lo mismo, en Estados Unidos se popularizó la imagen de aquellos líderes mexicanos que combatieron a los yaquis o lucharon hombro a hombro con ellos. Por ejemplo, al general Francisco R. Manzo se le llamó “el conquistador de los yaquis” y su exilio en Tucson fue comparado con el de Napoleón en Santa Elena (Santa Ana Register, 27 de agosto de 1930); y al general Roberto Cruz, por sus hazañas y disciplina militar, la prensa lo describió como un “Von Hindenburg mestizo” (The Marshall News Messenger, 13 de julio de 1930). Por lo tanto, la prensa decidió investigar a profundidad y entrevistar a los líderes mexicanos. Entre las columnas y reportajes que siguieron la historia, destacan los del *Arizona Daily Star*, una publicación de Tucson que incluso llegó a ser considerada como la fuente de información predilecta para las autoridades diplomáticas mexicanas en aquella entidad de Estados Unidos.¹³

Y si la prensa anglosajona se interesó por el tema, era de esperarse que también lo hiciera la prensa hispana en Estados Unidos. Una de las primeras manifestaciones públicas de Adolfo de la Huerta sobre el ataque en Vícam apareció en las páginas de *La Opinión*,¹⁴ donde declaró que aprobaba la actitud de los insurrectos y compartía su lucha, pero subrayó que no era ni su líder ni el autor intelectual de sus acciones (Castro, 1998). Sobre las causas del conflicto, De la Huerta manifestó que eran las mismas causas históricas: la apropiación de las tierras y aguas de los yaquis por parte del gobierno y empresarios, y comparó a los líderes revolucionarios con los antiguos oligarcas del porfiriato.

Por su parte, Obregón mantuvo su narrativa de que lo ocurrido en Vícam había sido un intento de asesinato ordenado por De la Huerta, quien jamás asumió su culpabilidad, pero se mostró simpatizante del acto y de la muerte de Obregón (después se retractó de esta última opinión). El diálogo no solo se quedó en la prensa; el gobierno mexicano intentó detener a Adolfo de la Huerta en suelo estadounidense, pero no lo logró debido a la influencia que aquel tenía con destacados empresarios de California. De hecho, el resultado fue contraproducente, pues poco después se creó la Liga de Protectores de Expatriados, encabezada, entre otros, por Alfonso de la Huerta, hermano de Adolfo (Plasencia, 2012).

La creación de la Liga de Protectores de Expatriados demuestra la importancia de la opinión pública estadounidense para los revolucionarios exiliados. Dicha organización se concentró en gestionar apoyo para aquellos en proceso de extradición, pero sobre todo en hacer propaganda y tratar de influir en la opinión pública como forma de presión para que el gobierno del país vecino no cediera a los reclamos del gobierno mexicano.

¹³ Algo que lo comprueba son las reuniones que Javier Larrea, agente de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, pactaba con corresponsales del *Arizona Daily Star*, a través de las autoridades estadounidenses, para conocer de primera mano la información que los reporteros tenían. NARACP (RG60, Departamento de Justicia, caso Enrique Estrada, esp. 64-11, caja 1, sección 2).

¹⁴ *La Opinión* fue una de las empresas periodísticas de Ignacio E. Lozano, también propietario de *La Prensa*, el diario hispano más leído en Estados Unidos. El trabajo editorial de ambas publicaciones era idéntico, pero el primero tenía su sede en Los Ángeles y el segundo en San Antonio. Su perfil fue producto de la colaboración de los exiliados antirrevolucionarios, como Nemesio García Naranjo, así que tenían línea editorial conservadora. A pesar de lo anterior, con el paso de los años *La Opinión* permitió la publicación de opiniones de grupos y personajes con perfiles diferentes, como Adolfo de la Huerta (Young, 2015).

Cuatro meses después del tiroteo en Vícam, la historia volvió a cobrar interés. La actividad rebelde de los yaquis se intensificó y circularon rumores de que atacarían la ciudad fronteriza de Nogales. Esta fue una amenaza latente durante el siguiente semestre. ¿Por qué una etnia, cuya base estaba al sur del estado, atacaría una ciudad fronteriza? Una vez más, para el gobierno la respuesta apuntaba a De la Huerta: si aquel pretendía cruzar a México, lo haría con un contingente armado y buscaría tener el control de una plaza fronteriza para usarla como línea de abastecimiento, papel que Nogales jugó durante los años más violentos de la Revolución.

A principios de diciembre de 1926, una partida de yaquis atacó puntos fronterizos, y para entonces, De la Huerta se encontraba en Tucson, a 130 kilómetros de Nogales y de México. Dejó Los Ángeles, su escuela de canto y a su familia, y la pregunta en boca de todos era ¿para qué? Cuando los reporteros corrieron a entrevistarlo en el Hotel Heidel, él no tuvo reservas: defendió a los yaquis y sus acciones, dijo que su lucha era también la suya y aceptó haberse reunido con líderes yaquis un día antes. También alardeó que sus seguidores en México ascendían a más de 20 000 elementos, listos para sublevarse a su llamado.¹⁵

De la Huerta injuriaba al régimen públicamente. Alentaba a los mexicanos a luchar contra el gobierno, y razones le sobaban: decía que Elías Calles era un presidente ilegítimo por ser un “títere” de Obregón; que no se garantizaban las libertades básicas, en especial la libertad de “conciencia”, con lo que hacía referencia a la libertad religiosa; que no se respetaba la propiedad privada; que el gobierno tenía controlada la prensa; que los callistas eran un grupo de terratenientes acaparadores; que el régimen se preparaba para violar el ideal de “no reelección”, como de hecho ocurrió; y que el país se encontraba en un estado general de locura y anarquía, a causa de todas las razones anteriores (Arizona Daily Star, 1926).

Sobre el tema yaqui en concreto, el guaymense señaló que el catalizador eran las acciones de Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Rodolfo Elías Calles (hijo de Plutarco), quienes especulaban con el territorio de los yaquis para venderlo en millones de dólares. Lo anterior, implicaba dos cosas: la expulsión de los yaquis de dichas tierras o su exterminio (Arizona Daily Star, 1926).

En los siguientes meses ocurrió el último levantamiento armado yaqui del siglo XX. Sin embargo, este se quedó lejos de la capacidad militar de levantamientos anteriores, entre otras razones debido a la fuerza aérea mexicana y la incapacidad de los yaquis de defender sus posiciones ante el ataque aéreo. La segunda causa, quizás más importante, fue que los yaquis se encontraban divididos. En enero de 1927, en un contexto de tiroteos y movilizaciones de partidas yaquis por todo Sonora, el reportero Gilberto Cosulich, del *Arizona Daily Star*, se aventuró a viajar al sur del estado para entrevistar a algunos yaquis, entre ellos a un hombre de edad avanzada llamado Ruperto Casillas, capturado durante el ataque al tren en Vícam. El veterano yaqui responsabilizó del ataque y del levantamiento al líder Luis Matuz, de quien se quejó diciendo que aquel convocó a una rebelión sin consultar a otros líderes de la etnia, lo que provocó asperezas y divisiones (Arizona Daily Star, 12 de enero de 1927).

En diciembre de 1926, el mismo reportero tuvo la oportunidad de entrevistar a De la Huerta en Tucson, quien confesó que efectivamente se había reunido con líderes yaquis.¹⁶ La relación de Matuz con De la Huerta era conocida por todos. Con el transcurrir de la rebelión, la narrativa del gobierno mexicano ganó cada vez más aceptación ante la prensa: el atentado en Vícam de septiembre de 1926 y la rebelión yaqui de

¹⁵ La actitud desafiante de De la Huerta en esta entrevista, y su alarde sobre los supuestos grandes contingentes que tenía bajo su mando, es semejante a la actitud y afirmaciones que Pancho Villa hizo en su entrevista con Regino Hernández Llergo, corresponsal de *El Universal*, en 1922.

¹⁶ NARACP. *Declaración de Gilberto Cosulich, reportero del Arizona Daily Star, ante Javier Larrea, agente de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México* (RG 60, Departamento de Justicia, caso Enrique Estrada, exp. 64-11, caja 1, sección 2, enero de 1927, Tucson, Arizona).

1927 habían sido orquestadas por Luis Matuz sin el consentimiento de gran parte de la comunidad yaqui y bajo las órdenes de De la Huerta, con quien se reunía periódicamente (Arizona Daily Star, 1 de marzo de 1927). Matuz se convirtió en un personaje central, era el vínculo entre De la Huerta y la rebelión, y el único actor que se movía visiblemente de un lado a otro en la frontera. Incluso tomó tintes de celebridad, pues la prensa comenzó a reportar sucesos de su vida, noticias sensacionalistas y de interés solo porque le ocurrían, aunque un tanto irrelevantes, como cuando viajó en avioneta, suceso reportado por los diarios como el primer viaje de un líder yaqui en dicho transporte (Arizona Daily Star, 20 de marzo de 1927).

A principios de marzo, las páginas del *Arizona Daily Star* fueron el escenario de un extenso debate entre Horace Loomis, vecino de Arizona, y el arzobispo de Tucson, Daniel James Gercke. El primero culpó al clero católico y a De la Huerta de instigar la rebelión yaqui, mientras que el segundo exigió al acusador mostrar pruebas o retractarse de su declaración. Para tratar de aclarar el asunto, el diario vertió una serie de declaraciones de diferentes actores: según los corresponsales, poco habían escuchado de la complicidad del clero o de acusaciones directas de las autoridades militares y civiles en México (aunque esto contradecía el testimonio de Juan Navarrete); además, agregaron la opinión de Álvaro Obregón, quien insistió en la culpabilidad de De la Huerta, pero no del clero, a través de un acuerdo con Luis Matuz. Mario Resendes, director de la Asociación de las Juventudes Católicas Mexicanas de Navojoa, dijo que las autoridades religiosas luchaban solo de forma pacífica y que el conflicto yaqui era independiente del religioso; pero, por otro lado, Melesio Monge, sacerdote de Nogales, Arizona, declaró que los yaquis “luchaban contra el gobierno porque aquel les quitó su religión”, poniendo de nuevo el tema religioso como causa. Ruperto Casillas, rebelde yaqui apisionado por el gobierno mexicano, replicó la versión obregonista de que la sublevación era producto de un acuerdo entre De la Huerta y Matuz (Arizona Daily Star, 1 de marzo de 1927).

La encrucijada de la nación yaqui continuó con recurrentes sucesos y pruebas, unas veces más comprometedoras y otras menos, del involucramiento delahuertista: se interceptó correspondencia entre De la Huerta y Matuz (Austin American Statesman, 3 de mayo de 1927); se confiscaron mil rifles de contrabando, que se dirigían desde Arizona a Sonora y supuestamente fueron enviados por los delahuertistas (Arizona Republic, 11 de mayo de 1927); y se detuvo, también en la frontera, a un grupo de veinte yaquis que intentaban cruzar para reunirse con De la Huerta (Arizona Republic, 11 de mayo de 1927). Además, el alcalde de Tucson reportó que por órdenes de De la Huerta, el líder Matuz hostigó a la comunidad yaqui de Pascua (en dicha ciudad), para reclutarla en su lucha.¹⁷

4. Conclusiones

La violencia en las inmediaciones de Nogales continuó por meses. La ciudad era constantemente acechada por partidas yaquis, vinculadas con Matuz y por ende con De la Huerta. A la par, el guaymense mantenía correspondencia con sus colegas, quienes esperanzados escribían para decir “ojalá los indios pronto tomen la plaza”.¹⁸ La frontera se militarizó; los yaquis que iban y venían quedaron en el fuego cruzado de los ejércitos de ambos países, y depredaron las rancherías de los alrededores para sobrevivir (Arizona Republic, 11 de mayo de 1927). También se reportaron disturbios y tiroteos en otras poblaciones fronterizas, como Naco, Agua Prieta y San Luis Río Colorado (Arizona Daily Star, 20 de mayo de 1927), así como un aparente atentado

¹⁷ Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles-Fernando Torreblanca: fondo Adolfo de la Huerta (serie 06, correspondencia con López Montero L, febrero 20 de 1927).

¹⁸ Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles-Fernando Torreblanca: fondo Adolfo de la Huerta (serie 06, correspondencia con Adolfo T. Pecina, mayo 14 de 1927). Por lo que podemos deducir en la correspondencia de Pecina, era un empresario minero, aparentemente excluido por el gobierno callista e interesado en apoyar el delahuertismo para después ser compensado con concesiones mineras.

contra la vida de Rodolfo Elías Calles (hijo del presidente), mientras visitaba Nogales (Arizona Daily Star, 20 de mayo de 1927).

Finalmente, el gobierno estadounidense giró órdenes de aprehensión contra un grupo de individuos acusados de traficar armas desde Tucson, y en la lista figuraba Adolfo de la Huerta, quien inmediatamente se entregó a las autoridades. Fue vinculado a proceso por cuatro envíos de armamento destinado a los yaquis en Sonora; de hecho, dos de los detenidos eran yaquis: Anselmo Bartéz y Dolores González (El Paso Herald, 19 de mayo de 1927).

Aunque De la Huerta se declaró inocente y la fiscalía no pudo demostrar lo contrario, Pedro Castro marca este juicio como el final de la actividad política de De la Huerta en el exilio (Castro, 1998). Las partidas yaquis delahuertistas, es decir, las lideradas por Matuz, continuaron su guerra de guerrillas hasta septiembre de ese año, cuando el líder rindió sus armas al general Francisco R. Manzo en Estación Ortiz (Plasencia, 2012).

A mediados de la década de 1920, uno de los gritos de guerra de los yaquis en resistencia era “¡Viva De la Huerta!”. Pero para finales de 1927, era claro el desencanto de la etnia con el expresidente, quien, como acertadamente señaló Enrique Estrada un par de años antes, no parecía tener intenciones, o la valentía, de cruzar la frontera (Plasencia, 2012). Para entonces, la principal preocupación de Adolfo de la Huerta era evitar ser procesado por la justicia estadounidense y terminar encarcelado, como le ocurrió a Estrada; morir en prisión, como Ricardo Flores Magón; o, peor aún, ser extraditado y ajusticiado en México.

Aunque Pedro Castro marca la detención de De la Huerta como el final de sus aspiraciones rebeldes en el exilio, nosotros ponemos esa marca en octubre de 1927. Apenas un mes después de que Matuz rindiera sus armas al general Manzo,¹⁹ una partida de yaquis liderada por el general Alfonso de la Huerta, hermano menor de Adolfo, cruzó a México. Se desconoce el objetivo, pero no es arriesgado suponer que fue un último intento por mantener viva la flama de la rebelión delahuertista y su vínculo con los yaquis. Sin embargo, quedó solo en eso, un intento, pues las fuerzas del general Manuel M. Aguirre los acorralaron, y al negarse a entregarse, se desató una balacera en la que murió Alfonso. Su cuerpo fue llevado a la plaza central de Nogales y exhibido con un cartel cuya leyenda decía “Aquí está otro general rebelde” (Modesto News Herald, 7 de octubre de 1927).

Aunque Adolfo de la Huerta continuó su actividad política, se redujo a criticar al gobierno mexicano a través de la prensa y otros espacios públicos.²⁰ El caso de los yaquis fue diferente. El final de la rebelión de 1926-1927 fue solo un descanso para la etnia, que se reactivó militarmente en el contexto de la rebelión escobarista de 1929. En ese capítulo, los yaquis reafirmaron que su lucha era paralela a cualquier otra, al igual que su alianza con el delahuertismo y otros grupos. Durante el escobarismo, algunos contingentes de la etnia, experimentados y acostumbrados a la guerra, se sumaron a la lucha, no por coincidencias ideológicas con Gonzalo Escobar o lealtades políticas, sino por tener motivos propios para luchar contra el gobierno mexicano.

Referencias

- Aguilar Camín, H. (1981). *La frontera nómada. Sonora y la Revolución mexicana*. México: Siglo XXI Editores.
- Arizona Daily Star. (6 de diciembre de 1926). “De la Huerta awaits cue for revolt”.
- Arizona Daily Star. (12 de enero de 1927). “Chargez Matuz started ‘war’ in illegal way”.

¹⁹ Las notas periodísticas sobre el suceso apuntan que junto con Matuz se rindieron entre 400 y 800 soldados yaquis.

²⁰ A pesar de esto, el gobierno estadounidense no dejó de vigilar a De la Huerta, manteniéndolo a perpetuidad como sospechoso de estar involucrado con las actividades políticas de los exiliados en California y Arizona.

- Arizona Daily Star. (1 de marzo de 1927). "Lo, the wild yaqui".
- Arizona Daily Star. (20 de marzo de 1927). "Tucson yaqui chief enjoys airplane ride".
- Arizona Daily Star. (20 de mayo de 1927). "De la Huerta freed on own recognizance after surrender to officials".
- Arizona Daily Star. (20 de mayo de 1927). "Son of Calles dodges bullets".
- Arizona Republic. (11 de mayo de 1927). "Indian band reported marching northward".
- Arizona Republic. (11 de mayo de 1927). "Nogales entrenches against attack by yaqui indian band".
- Austin American Statesman. (3 de mayo de 1927). "Yaqui rampage".
- Castro, P. (1998). *Adolfo de la Huerta. La integridad como arma de la revolución*. Universidad Autónoma Metropolitana de México y Siglo XXI.
- Dabdoub, C. (1964). *Historia de El Valle del Yaqui*. México: Manuel Porrúa.
- De la Huerta, A. (1981). *Memorias de Don Adolfo de la Huerta. Según su propio dictado. Transcripción y comentarios de Roberto Guzmán Esparza*. Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora.
- El Paso Herald. (19 de mayo de 1927). "Warrant is issued for De la Huerta".
- INEHRM. (2014). *Diccionario de generales de la Revolución*. México: INEHRM.
- Modesto News Herald. (7 de octubre de 1927). "De la Huerta slain in mexican battle".
- Plasencia, E. (1998). *Personajes y escenarios de la rebelión delahuertista, 1923-1924*. Universidad Nacional Autónoma de México y Porrúa.
- Plasencia, E. (2012). El exilio delahuertista. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, 43, 105-134.
- Radding, C. (1985). El maderismo en Sonora y los inicios de la revolución, 1910-1913. En Cynthia Radding de Murrieta (coord.), *Historia General de Sonora. Tomo IV. Sonora moderno: 1880-1929* (pp. 215-252). Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora.
- Ramírez Rancaño, M. (2014). *El asesinato de Álvaro Obregón: la conspiración y la madre Conchita*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
- Santa Ana Register. (27 de agosto de 1930). "Refugee from Mexican army now rancher".
- The Marshall News Messenger. (13 de julio de 1930). "Exiled Mexican rebels await pardon in Arizona".
- Young, J. G. (2015). *Mexican Exodus. Emigrants, Exiles, and Refugees of the Cristero War*. New York: Oxford University Press.